

LA DEMOCRACIA.

EDICION DE LA MAÑANA.

MADRID: 12 rs. al mes en la administración, calle del Torco, núm. 1, cuarto segundo, derecha; librerías de Leopoldo López, calle del Carmen; Bailly-Baillière, plaza del Príncipe Alfonso; Duran, Carrera de San Gerónimo; Mora, Puerta del Sol, y en

VIERNES 22 DE ENERO DE 1964.

PROVINCIA: 14 rs. al mes, 40 al trimestre, 78 al semestre, 148 al año. Francia y otros países extranjeros, 58 trimestre, 112 semestre, 220 al año. Ultramar y las Antillas, 78 trimestre, 132 semestre, 300 al año. Las suscripciones empiezan el 1.º y el 16 de cada mes.

AÑO 1.—NUMERO 19.

LA CIRCULAR BENAVIDES.

El señor ministro de la Gobernación ha tenido a bien dirigir a los gobernadores de provincia la circular que en el número de ayer verían nuestros lectores, determinando las reglas a que los delegados del gobierno deben atenerse para interpretar exactamente el pensamiento ministerial. Pura bondad de su señoría. Después de las declaraciones hechas por el señor presidente del Consejo en los Cuerpos colegisladores, después de esa confesión preciosa de que el ministerio no es mas que el partido moderado histórico, ¿cómo diría el Sr. Isturiz, de los que ni se arrepienten, ni se enmiendan, toda explicación ulterior no pasa de ser una bondadosa redundancia. ¿Cómo gobernará el partido moderado? ¿Cómo administrará el partido moderado? Ociosas preguntas. Supuesto que no fuesen tan públicas y ruidosas las hazañas de esa parcialidad, todavía son tan conocidos sus caracteres y personajes, que no hemos de incurrir, por vulgares que se nos suponga, en vacilación ni error.

Difícil es con todo concebir que una consideración tan llana haya escapado a la singular penetración del Sr. D. Antonio Benavides, el cual no por ser moderado deja de tener una reputación de astucia de las mas notorias y mejor sentadas que haya en este país. Y obligados a buscar una explicación a este trámite que, considerado en sí mismo, no se aviene del todo con la afición a los procedimientos llanos y resueltos, dominante en el señor ministro de la Gobernación, tenemos por mejor suponer que su señoría ha obedecido en primer lugar a una rutina irremediable ya en su secretaría; pero sobre todo a la necesidad de amortiguar algún tanto el templanza un poco el efecto producido en la opinión y el país, y hasta en los capitalistas y en la Bolsa, elementos muy considerados siempre por los conservadores, por la deliciosa confesión de que habíamos vuelto a caer bajo el yugo de los antiguos moderados. Solo así se explica ese resto de urbana consideración que se guarda todavía hacia el régimen constitucional, esa amable insistencia con que se ruega a los gobernadores moderados que no molesten inútilmente a la imprenta, y hasta (¿lo llevaría a mal el Sr. Benavides?) esa intencionada divagación en que se deserta de un modo tan edificante sobre la moralidad de la administración.

No sabemos quien ha dicho, y si nolo ha dicho nadie, nosotros lo apuntamos, que nunca está mas lejos del corazón una virtud, que cuando refoza mucho en los labios. Sea dicho con perdón del Sr. Benavides y del partido moderado. Pero todas esas consideraciones, después de la invocación de su nefanda historia, como un programa, parécenos un remordimiento o unahipocresía. ¡Respeto y acatamiento al régimen constitucional, por parte de aquellos que nunca se han empleado en cosa mejor que destruirlo, ora por medio de reformas antiliberales, ora por medio de ordenanzas militares, dictatoriales, hasta por la conspiración y el ataque a mano armada? ¡Bah! convengamos, en que, por dado que sea el Sr. Benavides al epigrama, no es de tan bondadosa índole el país, que pueda permitirle sin reparo, lanzar algunos de género tan equivoco como el que antecede. No, no. Los tiempos de la infancia política han pasado. Por desdicha para los moderados, no estamos ya en aquellos días venturosos para ellos,

en que una frase bien cortada, un concepto nuevo, agudo, importado acaso de extranjera tierra, podía servir hasta para popularizar una situación, bajo la cual no hubiese mas que pensamientos facciosos. Después que vuestras figuras se han oscurecido y anticuado, el mundo ha caminado mucho. La democracia os cerca a estas horas y con la democracia, la gravedad política. ¿Liberales? Sea. ¿Pero por qué existe aun esa ley Nocedal oprimiendo a la imprenta como la ordenanza de un rey absoluto? ¿Por qué no protestáis, desde el primer instante, que no ha de encontrar en vosotros amparo esa reforma aristocrática y reaccionaria, a cuyos partidarios y patronos, debéis la existencia? ¿Por qué, sobre todo, ante la democracia, apoderándose del ánimo del país, dirigiendo sus mejores instintos, preparando para la vida pública, a generaciones, condenadas sistemáticamente hasta aquí a la inercia y a la servidumbre, nada tenéis que oponer, sino tal cual reserva despreciable taimadamente envuelta en la fórmula consabida de partidos constitucionales o legales? Ello es, que el ministerio actual es de tan desgraciada caducidad, que todas sus protestas de constitucionalismo, han de parecer asechanzas o cobardía. Su lema es, como el mismo ha dicho, histórico: los nombres de sus individuos históricos; también históricos, finalmente, las circunstancias y los progresos que lo han encumbrado. Historia toda de tan claro y lamentable significado, que no ha de haber en el país interés respetable que no amenace, en confianza que no altere, resistencia ni enojo que no provoque.

¿Por lo demás, que especie de gobierno es ese, que no alcanza a disimular la estrechez en que vive en los momentos en que quisiera aparecer fuerte y expansivo? ¿Sabéis, queridos lectores, de qué preocupación tan grave es presa en estos momentos? ¿Presumís bien hasta donde alcanzan sus propósitos? Pues el Sr. Benavides, que no es sin embargo devoto ni pascato, os lo declara ingenuamente al segundo ó tercer párrafo de su circular, en que no pudiendo ya mas con el peso de su pensamiento, lo deja caer con todo el abandono de un hombre agotado, diciéndole a sus agentes con su pesada frase de covachuelista, que deben apretarse con todas sus fuerzas para, ¡oh maravilla para la magna operación de rectificar las listas electorales! ¿Quién lo creyera! Un asunto completamente previsto y determinado por las leyes y reglamentos vigentes, cuya corrección es uno de tantos asuntos de que los tribunales de justicia saben entender perfectamente, es todo cuanto el Sr. Benavides, representante de un partido tan gárrulo y presuntuoso en otro tiempo, cree digno de llamar su atención al presente. Todo, lo hemos dicho y no nos hemos expresado bien. El señor Benavides, que no habla a humo de paja, ingiere además en su circular unos cuantos párrafos de moral administrativa, vivamente aplaudidos por los secuaces del señor Nocedal. ¿Era que esa historia tan orgullosamente exhibida por el señor Arrazola ante las Cortes, traía a su vez recuerdo de tanto desman como el vulgar se ha empeñado en ver en la dominación de su partido? ¿O es que, en su vejez, tocados ya de la mogigatería, al alcanzado al fin por la suerte común a todos los grandes pecadores, necesitan los moderados, para cumplir los deberes mas sencillos de la vida, de la lección o del consuelo moral? Escoja el benévolo lector la explicación

que mejor le cuadre, y escójala holgadamente; puesto que no hay para que hablar mas de la circular. Mala ó buena, espuesto la hemos toda. ¿Os admiráis ahora de la sobriedad? Pero, ¿qué queréis que os diga un gabinete que por ideal nos trae una vieja y despreciable historia? A tal partido tal ministerio y a tal ministerio tal circular.

JOSE MARIA CARRASCO.

LO PERMANENTE Y LO VARIABLE.

Cuando dirigimos la vista por el campo de nuestra política contemporánea, de esa política tan estéril para el bien, como fecunda en tristes enseñanzas; cuando, con el escalpelo de la crítica en la mano, el entusiasmo patriótico en el pecho, y un ideal puro y magnífico en la mente, procuramos hacernos cargo de la significación y tendencias de las múltiples y variadas escenas que en nuestro derredor se presentan, un sin número de consideraciones se agolpan en tropel a la imaginación, marcadas con el sello del llanto por lo pasado, del desengaño por lo presente, y, en cuanto a lo porvenir, preñadas de terribles dudas, de presentimientos melancólicos, que solo puede contrarrestar la fe incontestable en la causa que sustentamos y la esperanza que nos alienta, sabiendo que, a pesar y en virtud de gravísimos obstáculos, el triunfo definitivo es el del bien, y la victoria completa está solamente reservada al progreso y mejoramiento sociales.

Siempre que tomamos la pluma para tratar de actualidad política, nos asalta un sentimiento eterno de dolor y una casi invencible repugnancia, no sea que los miasmas emponzoñados de los partidos viejos, que yacen en putrefacción, lleguen a empañar un átomo siquiera de nuestra fe generosa, con su glacial indiferencia; de nuestro desinterés con su egoísmo, y de nuestro valor decidido con la ausencia de toda virtud en su gastada conciencia: ¡qué tanta es la distancia, que, a manera de abismo insondable, nos separa de lo presente!

Empero ello es preciso: y cual médico prevenido que confía en la bondad del antídoto, descendemos con heroica constancia uno y otro día, uno y otro año, a escudriñar la profundidad de las llagas sociales, a contemplar la hediondez de nuestras enfermedades políticas; toda vez que el fundamento y principio radical de toda cura, estriba en conocer el padecimiento. Y por lo que hace al intento de estas líneas, correspondenos averiguar qué elementos son los permanentes, y cuáles los variables de eso que, adecuadamente en verdad, han dado en llamar juego de las instituciones, en nuestra historia constitucional.

A primera vista, alguien pudiera creer que, dada la movilidad, el flujo y reflujo de las personas, el continuo tejer y destejer sin cambiar, ni acaso tener principios, era una prueba harto elocuente de que solo podemos hallar en el fondo de lo que nos rodea, elementos transitorios, cuya huella será mas rápida que la del vapor que ondula por el inquieto oleaje de los mares, mas fugaz que el relámpago cruzando los horizontes. Pero si esto aparece a la primera mirada, luego que esta se fija en el fondo de las cosas, encuentra por desgracia, algo permanente y duradero, que, lejos de disminuir, crece con asombrosa rapidez, mudando acaso de faz

algunas veces, nunca de fin; algo que, arraigado en vicios seculares, estiendo sus venenosas sombras, cual árbol deletéreo, hasta el punto de amenazar total ruina y desaparición completa de los escasos frutos de libertad que gozamos a expensas de sudor copioso y de sangre, con abundancia derramada.

Nuestros lectores amigos adivinarán sin dificultad que nos referimos al partido neocatólico, cuyas influencias, en altas y bajas regiones, han llegado ya a un extremo por demás escandaloso.

Restos maléficos del antiguo régimen teocrático y absolutista; partidarios incorregibles de una causa proscrita por la guerra; anatematizada por la razón, los neo-católicos, personificando el viviente del maquiavelismo, nuevos Prometeos que revisten mil formas para cubrir una idea, que distraza bajo cien trajes diversos la fealdad de su espíritu, en todas partes se hallan y en todas partes han logrado inocular el virus corrosivo de sus inicuas tendencias. Resucitan los autos de la inquisición quemando libros y desenterrando cadáveres con O'Donnell; delatan como esbirros de profesión, velos familiares del santo oficio, los pensamientos y las conciencias de los que no piensan como ellos, durante el mando de Miralóres; y hoy, henchidos de placer, rebotando gozo, y estáticos de alegría, entonan cánticos de triunfo señalando víctimas espiatorias, cuyo holocausto aguardan con la sonrisa en los labios y con indecible placer en su negro corazón. ¡Y sus votos serán oídos! ¡Sus aspiraciones realizadas!

Si, lo será; puesto que, relegados al olvido como importuna pesadilla, los defensores de la santa causa de la libertad, solo ellos están en condiciones las mas propicias para el mando y dirección de los negocios públicos, atestiguada ya por otra parte la impotencia de unionistas, disidentes, puritanos y liberales conservadores: la lógica inflexible de los hechos, les ha traído de grado en grado, de escalón en escalón al punto en que hoy los mira el país, estupefacto y asombrado, sin apenas darse cuenta de tan singular fenómeno.

Hé ahí el fruto de la política desacertada de los partidos medios, que aprenderán, aunque tarde, lo errado de su conducta: juguete unas fracciones de otras; luchando por puras nimiedades unas personas con otras; convirtiendo la arena de noble discusión en vergonzoso pugilato; haciendo todos menosprecio del procomunal; singularizándose, como rivales, solamente para resistir la opinión, contrariando el espíritu del siglo, y para conceder gustosos cuanto la reacción ama y desea, cuanto ha pretendido obtener el partido del antiguo régimen, los partidos medios de España pueden hoy contemplar detenidamente la consumación de su obra. Su misión está cumplida.

Y bien; una vez demostrado lo que nos habíamos propuesto, a saber: que, en medio de las variaciones y vaivenes de la superficial política doctrinaria, había un fondo inalterable, un elemento fijo, la reacción neo-católica, que acaba de triunfar por Arrazola, ¿qué lecciones para lo venidero podemos deducir de esta enseñanza?

Seguramente ahora mas que nunca es oportuno decir: *alea iacta est*, está echada la suerte. Ahora como nunca podemos asegurar que del abismo del mal, del fondo de la reacción, ha de salir el bien, ha de surgir radiante el astro de la libertad.

Ha llegado el caso de que, izada la ban-

dera, entren en desesperada lid los verdugos y los salvadores de la humanidad; los que defienden la opresión de la conciencia, con los que sustentamos su inviolabilidad sagrada; los que anhelan amarrar al pueblo sobrecargando de cadenas su herida cerviz, con los que deseamos romper en menudos trozos, reducir a polvo los últimos eslabones, llevando el alimento a su cuerpo, la ilustración a su espíritu, la libertad a su conciencia; los que sacrifican, en fin, al roto y ensangrentado ídolo de la autoridad despótica con los que solo queremos incienso doblando reverentes la rodilla en el altar de los imprescriptibles y santos derechos de la personalidad humana, imagen y semejanza de Dios. ¿Habrá ahora quien pregunte a qué lado se inclinará la victoria?...

J. SANCHEZ RUANO.

No hay que dudarlo. El principal objeto de nuestro periódico es representar las clases trabajadoras como el principal objeto de nuestra política es emanciparlas. Los poderosos, los aristócratas, el alto clero, la clase media rica, los partidos reaccionarios tienen sus representantes en la prensa; las clases trabajadoras sin derechos, sin valimiento, solo encuentran su defensa en los periódicos democráticos, celosos guardadores de su libertad, constantes propagadores de las ideas que han de redimir de su servidumbre presentando a los herederos de los esclavos. Confesemos francamente que todos nuestros esfuerzos, todos nuestros grandes trabajos tienen por único fin lograr que el cuarto estado entre en la posesión de sus derechos, se ilustre, se emancipe, y llegue a ser ciudadano igual a todos los demás ciudadanos. Pero no solo es necesario trabajar también por su independencia política; es necesario trabajar también por su independencia social. Para este altísimo y soberano fin, la democracia propone, entre otras grandes reformas, la libertad de asociación. Con ella el trabajador reunirá sus fuerzas, ahorrará, proveerá a sus necesidades, conjurará las grandes crisis económicas que suelen perturbar el trabajo. Hay, quien, duda de esta virtud de la asociación; hay quien, desconfiando de la libertad, cree que la asociación no ha de producir los resultados maravillosos que indicamos. Sobre la libertad de asociación debe levantarse naturalmente, como sobre su base fija e indestructible, la independencia del pueblo. Para los que de esto duden, no se puede apelar a otro criterio mas seguro que el criterio de la experiencia. Nuestro amigo el Sr. D. Fernando Garrido, que recorre hace mucho tiempo la Europa, que ha publicado libros estadísticos, traducidos hoy a casi todos los idiomas cultos, que estudia preferentemente las cuestiones relativas al trabajo, nos escribe la siguiente carta, testimonio de lo justa que es la libertad, de lo fecunda que es la asociación. Consideren nuestros lectores, y sobre todo los consagrados al trabajo esta carta, y verán cuán fecundas, cuán pródiga es la asociación de los trabajadores. Dice así la carta:

Querido Emilio:

Desde 1820, empecé en Inglaterra el movimiento cooperativo o cooperador, como han llamado allí a las ideas sociales moderadas, título que dió Owen, a su sistema. Embrional la idea, como lo son todas en su origen, mal formulada y peor concebida, y arrastrada por las oleadas del movimiento religioso y político de la época

sin madre. Deseaba ya vivir porque tenía con quien compartir la vida. Deseaba vivir porque no era solo para el día de la existencia, el ser. Pero cómo vivir si no podía siquiera procurar el alimento material para la pobre niña? Esta idea le atormentaba en términos de darle una especie de delirio. —Estoy seguro, decía, de que Dios no puede abandonar esta flor a una pronta muerte. ¿Para qué la habría yo salvado? ¿No fuera mejor que muriese a las garras del tigre, que no a los torcedores horribles del hambre? ¿Qué destino guardará esta niña en su cuna? ¿Qué poema llevará en su alma? ¿A qué será destinada en ese inmenso oleaje de los seres, en ese inmenso hormiguero que forman los hombres, caminando todos, unos en pos de otros, al hoyo común del sepulcro? ¡Ah! No es hora esta de filosofar, es hora de buscar alimento a la pobre niña. Estoy seguro de que, al verla tan hermosa sería capaz una leona de darle sus tetas. Pero, ¿en este desierto, quién me socorrerá?

Instantáneamente cogió la cesta de mimbres entre sus brazos, y se dio a andar sin saber donde iba. Tenía en su pecho una mezcla informe de esperanza y de temor. El imprevisto accidente del encuentro de la niña le fortificaba. Pero el terror de perderla le confundía y le desesperaba. En el rumor de las hojas, creía oír aves de rapina que se perseguían para arrancarle su bendito halago. En el eco mismo de sus pasos, fieras alimañas que le amenazaban. ¿Dónde se refugiarían? ¿Dónde iría a dejar aquel bendito depósito? ¿Dónde? Ninguna voz humana respondía a su

voz. Ningún ser le acompañaba que pudiera auxili-

larla en la obra santa de conservar otro ser a la vida. Andaba a la ventura. Pero tenía confianza en Dios y en Dios esperaba. Casado, adelante, cayó de rodillas al pie de un platano, depositando con cuidado la cesta de mimbres en el suelo. Dios mío, dijo, socórreme. No te pido amparo para mí; te lo pido para este ángel que a mi lado veo enviado por tí. ¡Dios mío por tí, para librarme de la muerte. Tú que estienes tu providencia sobre todos los seres, tú que llevas el calor de la vida a los últimos extremos de la naturaleza, tú que sustentas al gusano en el polvo, al infusorio en el aire, no abandonarás a este ser que es tu imagen. Sálvanos, sálvanos. A ellos para mí; a mí para ellos; a los dos para el bien. No nos abandonen, no nos abandonen. Me parece que el aire es un pliegue de tu manto y que bajo tu manto no puede morir sino el que ha de despertar en tu seno. Crear esta criatura para matarla en la cuna es como crear un mundo por el placer de apagarlo. No, no me abandonen, Dios mío.

En esto volvió los ojos, y vio la sombra de un hombre. —Venid, salvadme, si sois hombre, venid. Iba buscando una sepultura y he encontrado una cuna. —Pues yo, dijo el aparecido, yo iba buscando esa cuna; ¡Bendito sea Dios!

(Se continuará.)

FOLLETIN.

LOS TRABAJADORES.

NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO PRIMERO.

(Continuación.)

El tigre arremetió. Nuestro héroe disparó su pistola. Inmediatamente se oyó un mahullido espantoso, que se perdió en el rumor de las selvas; y la caída de un cuerpo que rodaba por un despenadero. El misterioso personaje se volvió a la cuna de mimbres, la cogió con delirio, y llenó de besos el rostro de la niña. Era hermosa. Su cuerpo desnudo parecía una rosa. Veíase al través de sus blancas carnes, circular una sangre tan pura como la savia del florido arbutus en primavera, cuando nacen las primeras flores y vuelan las mariposas sobre su copa. Su cabeza era como el botón de una flor. Resplandecía la inocencia en su frente. De sus largos párpados pendían algunas lágrimas que brillaban como las gotas del rocío matinal. Una sonrisa de felicidad vagaba por sus labios entreabiertos. Levantaba sus manecitas y sus piecitos al aire y no parecía sino que aleteaba como la avecilla próxima a dejar su nido. Conociase en el conjunto que cubría el fondo de la cesta, en el blanco cendal que envolvía el cuerpo de la niña, las trazas de una mano de madre, única que,

movida por ese agente invisible y universal que se llama amor; puede ser la providencia de los niños. ¡Pobrecitos! ¿Quién podría sufrir vuestro lloro, lavar vuestro cuerpo, alimentaros, sosteneros, comprender vuestras impertinencias, curar vuestras enfermedades, sino la adivinación de una madre, el don profético y sublime que ha puesto Dios en su alma? Solo una madre os ve crecer, siente los latidos de vuestro corazón, y escudriña el primer vuelo de vuestras almas, cuando aun lleváis las garras del Edén de la inocencia, que se han de caer de la frente, y no habéis sentido las espigas del mundo que se os han de clavar en los pies. Como se dilatan las entrañas de una madre cuando siente palpitante el fruto bendito de su amor. Como vuelve a doblar su vida en la vida de su hijo. Sus brazos son el trono del recién nacido. Su seno es como un templo. Se imagina como un Dios cuando derrama de sus pechos la vida. El niño la sonríe mas que el cielo. Son sus ojos como estrellas. Cuando se mueve, aparece a la vista arrobada de una madre, como un ángel que vuela en el éter. El amor de madre es mas que el amor de los amores, mucho mas, es el culto de los cultos, la religión de las religiones. Pues qué, ¿una madre hincada ante una cuna, con los ojos fijos en los ojos de su hijo, los labios mezclados con sus labios, ora cantando, ora riendo, ora bebiendo sus lágrimas, no es una sacerdotisa que Dios bendice porque hace el acto mas grande y mas religioso de su vida. ¿Qué sería del niño sin la madre? ¿Habría visto las hojas de las rosas, las alas de las mariposas? Pues no son tan tenues ni

tan fugaces como la vida de estos niños. El niño es el ser mas débil de la creación. Ni el pajarillo está en su nido, tan abandonado, tan expuesto a las asechanzas de la muerte. El alma es un soplo que vaga por aquel cuerpo vidrioso como queriendo salir de él y evaporarse en los aires. Sin la providencia de la madre, su vida no duraría un minuto. ¡Pobre niño! ¡Aun no ha hecho mal. Aun no ha calumniado, ni aborrecido, ni envidiado. Siente en su alma la atracción universal. Lo ama todo. Los seres deben ser como un coro de ángeles ante sus ojos inmaculados. Ni ha hecho el mal, ni lo conoce. Y sin embargo, hay niños que no tienen madre. Un niño sin madre es una planta sin raíz, una avecilla sin nido, una estrella sin luz, un alma sin amor. Un niño sin madre, es un cadáver. ¿Quién lo alimentará? Y aunque no le falte el alimento del cuerpo, ¿quién le dará el alimento del alma? Sobre todo, ¿quién protegerá su cuna? El cántico de una madre que, al mecer la cuna arrulla al niño, lleva en sus alas el sueño dulce y santo de la infancia. ¿Cómo dormirá un niño sin madre?

Todas estas reflexiones asaltaban al ánimo del intrépido guerrero de la libertad. La felicidad de haber encontrado a la niña, estaba nublada por la tristeza inmensa que le inspiraba el pensamiento de que no tenía madre. Sentía aquel varón, tan fuerte en su pecho, algo del amor maternal, mucho de la santa ternura, de la delicadeza que Dios ha puesto en el corazón de las mujeres. Y sintió clavarse como una aguda espina en su corazón, al ver cruzar el triste pensamiento por su mente, de que aquella niña se encontraba

